

## **MEMORIAS DE LA VISITA OFICIAL DE SU EXELENIA MONSEÑOR ANDRÉS CARRASCOSA COSO A LA DIÓCESIS DE AMBATO**

Una expresión de gran expectativa y bendición para nuestra Diócesis se vivieron en la visita del señor Nuncio Apostólico a nuestra provincia, los días 8, 9 y 10 de febrero, este acontecimiento ha significado un fortalecimiento en la fe, en el encuentro con nuestros fieles nos ha dado muestras de cercanía y fortalecimiento en la caridad cristiana.

Nuestra Diócesis en los diferentes encuentros ha sido fortalecida por la familiaridad, humildad y el amor de Cristo a través del representante del papa en el Ecuador, anunciando el evangelio en la gracia del amor.

A través de las expresiones de los fieles, manifiestan que para nuestra generación, es la primera vez que el representante del Papa muestra una cercanía pastoral al pueblo fuera de alguna celebración litúrgica en donde nos han acompañado el nuncio que ha estado en Ecuador en años anteriores.

Esta expresión de cercanía con cada una de las personas en los diferentes niveles sociales, marca un paso importante de evangelización de nuestra Iglesia, el saber que debemos seguir a un Cristo peregrinante que sale al encuentro del hermano y una iglesia en salida, evangelizadora y sobretodo misericordiosa.

### **Palabras de su Excelencia Mons. Andrés Carrascosa Coso en el encuentro con los empresarios e intelectuales de Ambato sobre “ética, familia y trabajo”**

**Ambato, 8 de febrero de 2018**

En primer lugar, deseo dar las gracias a todos ustedes por acogerme aquí esta noche, y, particularmente a su Obispo, Mons. Geovanny Pazmiño, por la insistente invitación que me ha dirigido a transcurrir en Ambato tres días (la primera invitación fue para el sábado, luego se extendió al viernes y posteriormente a que comenzáramos este jueves, visitando, encontrando y dialogando con diversos sectores de la sociedad y de la Iglesia que vive en estas tierras benditas del Tungurahua).

Inmediatamente después, permítanme expresarles el saludo y el afecto de aquel que me envía: el Papa Francisco. Me ha impresionado mucho, incluso conversando personal y demoradamente con él, el pasado mes de septiembre, antes de venir yo a Quito, el descubrir el gran conocimiento que tiene de esta sociedad y de esta Iglesia, así como el particular afecto que le profesa a Ecuador.

Nos encontramos prácticamente a la vigilia y en el contexto de la hermosa y ya tradicional Fiesta Anual de Bendición de las Flores, las Frutas y el Pan, que cada año va siendo mejor conocida y más reconocida en todo el país.

Se me ha pedido que les dirija unas palabras sobre el tema "ética, familia y trabajo", teniendo presente que nos encontramos en un ambiente de empresarios y de intelectuales. Es obvio que se trata de un tema inmenso, al que solo podremos referirnos haciendo algunas reflexiones, y breves, como exige el formato de este encuentro y sin pretender de ninguna manera agotar el tratamiento de la temática.

El papa Francisco no cesa de invitar a todos los cristianos, ámbito especialmente en la vida pública, en el contexto de la empresa o en el ámbito familiar a que nos comportemos "de una manera digna de la vocación de cristianos a la que habéis sido llamados" - como dice San Pablo (cfr Ef. 4,1) llamados a ser testigos de la dimensión social que tiene el Evangelio. Un cristiano está llamado a ser discípulo de Jesucristo, a dejarse enseñar y formar por el Único Maestro que vale la pena seguir, al Único que tiene Palabras de Vida Eterna. Y, siguiendo a ese singular Maestro, el cristiano hace la experiencia de una manera nueva, distinta, plenificante de vivir su compromiso en el mundo, incluso en la vida concreta que todos los días en medio de sus actividades normales, lo cual le lleva a ser "misionero", es decir a anunciar a los demás, en primer lugar con el testimonio de la propia vida antes que con las palabras, que el Señor Jesús aporta luz, paz y alegría a la existencia de quienes creen en El.

La vida de un cristiano no se agota solamente en la expresión ritual de su fe, en el interior del templo, sino que se desarrolla a lo largo de todas las dimensiones en las que una vida humana se expresa: en la familia, en el trabajo, en la sociedad en la que se vive, en la relación con las diversa personas que encontramos a lo largo del día.

Y en todos esos lugares y en todas esas relaciones con las personas, la vida del cristiano debe ser un testimonio de que el Señor, que está vivo y presente en medio de los suyos, aporta sentido a su existencia, ilumina la propia vida con su Palabra y llena el corazón de plenitud cuando uno vive según la enseñanza del Maestro.

La ética es la ciencia que estudia el comportamiento humano, que se expresa en el respeto a unos valores que hacen de la vida humana digna de ser vivida.

Para un cristiano, ese comportamiento ético o moral está íntimamente ligado a una persona más que a un conjunto de leyes. Ya san Pablo nos dice que el comportamiento de un cristiano debe derribarse, como lógica consecuencia, y ser digno del llamado que Dios nos ha llamado a ser hijos suyos.

Tratemos de ver brevísimamente algunas aplicaciones de ese tratamiento ético en los ámbitos del trabajo y de la familia.

El Papa Francisco, dirigiéndose a los miembros de la Unión Cristiana de Empresarios y dirigentes, a quienes recibía en audiencia especial y quienes se proponen el objeto de ser artífices del desarrollo del bien común, les recordaba lo importante que es el testimonio de un cristiano que vive su vocación de empresario con el espíritu de quien se siente misionero en su propia vida de laico. De hecho, en su Exhortación Apostólica "Evangelii Gaudium" -que les invito a leer, pues se trata como del programa de su pontificado- afirmaba que "la vocación de un empresario es una

noble tarea siempre que se deje interpelar por un sentido más amplio de la vida; esto le permite servir verdaderamente al bien común, con su esfuerzo por multiplicar y volver más accesibles para todos los bienes de este mundo” (EG 203).

Por una parte, también el mundo de la empresa y del trabajo, tanto para el empresario como para el trabajador, puede llegar a ser un lugar de santificación, mediante el compromiso de cada uno de construir relaciones fraternas entre empresarios, dirigentes y trabajadores, favoreciendo la corresponsabilidad y la colaboración en el interés común de todos. Un empresario cristiano está llamado a tener en cuenta la calidad de la vida laboral de sus dependientes, que son el recurso más precioso de una empresa (observen que cada vez se habla menos de recursos humanos y más de capital humano), en particular para favorecer la armonización entre el trabajo y familia.

La empresa -dice el Papa Francisco- es un bien de interés común. Por cuanto sea un bien de propiedad y con una gestión privada, por el simple hecho de que persigue objetivos de interés y de importancia general, como por ejemplo el desarrollo económico, la innovación y la ocupación, tendría que ser tutelada en cuanto se trata de un bien en sí mismo, y ello por parte de las instituciones, de los empresarios, economistas, agencias financieras y bancarias, etc. y todos los sujetos ligados a ella no deben dejar de actuar con competencia, honestidad y sentido de la responsabilidad.

Y es que la economía y la empresa tienen necesidad de la ética para correcto funcionamiento, pero no de una ética cualquiera sino de una que ponga en el centro a la persona y a la comunidad. Un cristiano lleva su fe al mundo de la empresa se convierte en un misionero de la social del Evangelio en el mundo difícil del trabajo, de la economía, de la empresa, sin olvidar la apertura y cercanía a las situaciones de fragilidad y de pobreza.

Ciertamente, cuando se parte de una visión egoísta de la vida económica y empresarial, buscando solamente el mayor lucro aún a costa de pasar por encima de la dignidad y de los derechos de las personas con quienes se trabaja, hablar de ética puede resultar una cosa molesta. Oigamos de nuevo al Papa Francisco, que se expresa con palabras contundentes y de una cierta dureza: *"La dignidad de cada persona humana y el bien común son cuestiones que deberían estructurar toda política económica, pero a veces parecen sólo apéndices agregados desde fuera para completar un discurso político sin perspectivas ni programas de verdadero desarrollo integral. ¡Cuántas palabras se han vuelto molestas para este sistema! Molesta que se hable de ética, molesta que se hable de solidaridad mundial, molesta que se hable de distribución de los bienes, molesta que se hable de preservar las fuentes de trabajo, molesta que se hable de la dignidad de los débiles, molesta que se hable de un Dios que exige un compromiso por la justicia. Otras veces sucede que estas palabras se vuelven objeto de un manoseo oportunista que las deshonorra. La cómoda indiferencia ante estas cuestiones vacía nuestra vida y nuestras palabras de todo significado"* (EG203).

Por ejemplo, para venir a temas de familia, el Papa Francisco recuerda el deber de armonizar el trabajo y las exigencias de la familia, sobre todo de las trabajadoras por

cuanto hace referencia a la tutela del derecho al trabajo y de su vocación a la maternidad y a la presencia en la familia. Y ponía este ejemplo: "Cuántas veces hemos oído que una mujer va donde su jefe y le dice: "estoy embarazada", oyéndose responder: "desde el fin de mes ya no trabajas más aquí". La mujer debe ser protegida, ayudada en ese doble: el derecho a trabajar y el derecho a la maternidad" (Discurso a la Unión cristiana de Empresarios).

La familia, comunidad natural en donde se experimenta la sociabilidad humana, contribuye en modo único e insustituible al bien la sociedad. La familia, comunidad de personas, es por consiguiente la primera sociedad humana decía el Papa Juan Pablo II- (Carta a las Familias, 7).

Por ello, la familia tiene prioridad respecto a la sociedad y al Estado. "La familia no está, por lo tanto, en función de la sociedad y del Estado, sino que la sociedad y el Estado están en función de la familia" (Compendio de Doctrina Social de la Iglesia). "Todo modelo social que busque el bien del hombre no puede prescindir de la centralidad y de la responsabilidad social de la familia. En virtud de este principio las autoridades públicas no deben sustraer a la familia las tareas que puede desempeñar sola o libremente asociada con otras familias; asegurándole las ayudas que necesita para asumir de forma adecuada todas sus responsabilidades" (San Juan Pablo II, Familiaris Consortio, 45).

No voy a cansarles más. Renuevo mi alegría de estar entre ustedes y mi agradecimiento por su presencia. Que Dios les bendiga, que bendiga esta linda tierra de Ambato y bendiga sus esfuerzos por vivir como cristianos, sacando las consecuencias éticas que se derivan del Evangelio también en el ámbito del trabajo y de su relación con la vida familiar, que debe ser siempre protegida y valorizada.

Y, como el Papa Francisco siempre me recuerda que les pida que recen por Él, cumplo con mucho gusto ese deber.

**Homilía de S.E. Mons. Andrés Carrascosa, Nuncio Apostólico  
en la Eucaristía en el Mercado Mayorista de Ambato (Centro de acopio)  
Bendición de Flores, frutas y pan  
(Ambato, 9 de febrero de 2018)**

Permítanme que les transmita, en primer lugar, la expresión de mi alegría por estar hoy aquí con todos ustedes, así como el agradecimiento a su Obispo, S.E. Mons. Giovanni Pazmiño, O.P., por la invitación a celebrar esta Eucaristía en este Mercado Mayorista, donde nació la linda iniciativa de la bendición de Flores, frutas y pan.

Al mismo tiempo, el venir a su lugar de trabajo a celebrar la Eucaristía quiere ser expresión de cercanía y de aprecio a su labor, la cercanía de la Iglesia en su quehacer cotidiano y, en este caso, la cercanía del mismo Papa Francisco, que es quien me ha enviado al Ecuador como su Representante, que eso significa "Nuncio Apostólico".

Nos encontramos ante los frutos de la tierra y del trabajo de los hombres. Y uno prepara la tierra, otro planta, otro riega, otro recoge, otro vende esos frutos... pero hoy es el momento de reconocer que es Dios el que nos concede la gracia de gozar del producto de esos esfuerzos de muchos. Es momento para dar gracias a Dios por su generosidad y de reconocer que, como en todas las empresas humanas, dependemos unos de otros más de lo que normalmente imaginamos.

El cultivo de la tierra, de donde procede lo que bendecimos, es una actividad típicamente humana y fundamental, prioritaria. En el trabajo de los agricultores está el acoger el precioso don de la tierra que nos viene de Dios pero también el valorizar la acción preciosa de tantos hombres y mujeres, llamados a responder con audacia y creatividad al mandamiento de Dios al ser humano, desde el comienzo de la creación, de cultivar la tierra y de cuidar de ella (cfr Gen 2,15).

La palabra "cultivar" nos trae a la mente el cuidado que el agricultor tiene por su tierra para que dé frutos y éstos sean compartidos por la comunidad humana: cuánta pasión, cuánta atención, cuánta dedicación hay detrás de lo que aquí vemos! Se crea, de esa manera, aquella relación familiar y la tierra se convierte en "hermana tierra", como decía San Francisco de Asís.

No existe humanidad sin cultivo de la tierra; no hay vida verdaderamente humana sin el alimento que la tierra produce y que, a través de los canales de comercialización, llega a los hombres y mujeres de todo continente. La agricultura tiene, en todas las sociedades, un papel central y por eso merece que se le ponga en valor.

El trabajo de cuantos cultivan la tierra y de quienes nos hacen llegar sus frutos a nuestras mesas, dedicando con generosidad su tiempo y sus energías se presenta como una verdadera vocación. Ese esfuerzo merece que sea reconocido y valorizado de manera adecuada, incluso en las decisiones concretas de carácter político y económico, eliminando los obstáculos que penalizan una actividad tan preciosa y que corre el riesgo de que se la viva con tales condicionantes que la hagan

poco atractiva para las generaciones más jóvenes. Al mismo tiempo, se hace necesario prestar la debida atención a la tentación, cada vez más difundida, de sustraer la tierra a la agricultura para destinarla a otras actividades que se presentan, al menos en apariencia, como más lucrativas. El Papa Francisco antes esta situación, se ha expresado con palabras muy duras: También aquí domina el dios dinero! Es como aquellas personas que no tienen sentimientos, que venden a la familia, que venden a la madre, y aquí la tentación es la de vender a la madre tierra.

Esta reflexión sobre la centralidad del trabajo agrícola nos lleva a dirigir nuestra mirada también a lo que nos recuerda la Palabra Dios en el Libro del Génesis 2, 15, donde se habla del llamado al ser humano no sólo a cultivar la tierra sino también a custodiarla, a protegerla. Ambas cosas están estrechamente unidas: los agricultores saben bien lo difícil que se está haciendo cultivar la tierra en tiempos de acelerados cambios climáticos y de eventos meteorológicos extremos que se hacen cada vez más frecuentes. Esta zona de la tierra aparece, de cierta manera, como un paraíso feliz, todavía libre de muchas de estas lacras, pero no podemos dejar de preguntarnos: Cómo continuar produciendo buen alimento para la vida de todos cuando la estabilidad climática está en riesgo, cuando el aire, el agua y el mismo suelo van perdiendo su pureza a causa de la contaminación. Nos damos cuenta, entonces, de la importancia de una acción de custodiar la creación y se hace cada vez más urgente que las Naciones consigan colaborar para esta finalidad fundamental.

El desafío hoy está siendo cómo llevar a cabo una agricultura con bajo impacto ambiental, cómo actuar de tal manera que nuestro "cultivar la tierra sea, al mismo tiempo, un custodiarla. La tierra es generosa, pero hay que cuidar de ella. Solamente si actuamos de esta manera las futuras generaciones podrán continuar habitándola y cultivándola.

En esta celebración y ante tales problemáticas y desafíos, deseo transmitir, en nombre del Papa Francisco, una invitación y una propuesta. La invitación es a volver a encontrar el amor por la tierra como "madre ("nuestra hermana madre tierra", que decía San Francisco de Asís), de la cual salimos (somos polvo, barro) y a la cual estamos llamados a volver constantemente. Y de aquí nace también la propuesta: custodiar la tierra y protegerla, haciendo alianza con ella para que pueda llegar a ser, como Dios la quiere, fuente de vida para toda la familia humana. Esto va directamente en contra de una explotación de la tierra como si se tratase de una cosa que no tiene relación con nosotros -que no es madre- para después dejarla abandonada y debilitada porque no sirve para nada.

Es precisamente la historia de esta alianza la que se vive cada día en esta latitud vuestra, en estas tradiciones bellísimas de bendecir los frutos, las flores y el pan. Mientras deseo recordar la memoria de aquellos que, alrededor del primer Obispo de Ambato, Mons. Bernardino Echeverría y sus colaboradores, y tras la tragedia del terremoto que hundió hasta la Catedral, como un himno de vida y esperanza, con la colaboración del Centro Agrícola del Tungurahua, dieron inicio, con la bendición en el

Mercado Central, a esta tradición que hoy, celebrada alrededor de la Catedral por necesidades de espacio, tiene hondas raíces en este pueblo ambateño y que constituye una inmensa fiesta de Acción de Gracias a Dios y de estímulo a construir una sociedad cada vez más próspera y fraterna, en la que nadie se quede descartado y abandonado. Bendecimos los frutos, las flores y el pan pero sobre todo damos gracias y bendecimos a Dios porque nos concede estos frutos de la tierra y del trabajo de los hombres, bendecimos a Dios por la fe bella de este pueblo.

Y hoy le pido a Dios que haya siempre en esta tierra una agricultura digna del ser humano, una agricultura social con rostro humano, hecha de relaciones sólidas y vitales entre el ser humano y la tierra: vitales, porque la tierra nos da los frutos pero también la tierra custodia y protege nuestra salud, la tierra es hermana y madre que cuida y sana. La inspiración ética debe motivar y sostener nuestra acción a la luz de la doctrina social de la Iglesia.

Deseo para todos ustedes que el trabajo de cultivar y custodiar la tierra sea considerado y valorizado de manera adecuada, mientras les invito a que den siempre el primado a las instancias éticas con las que, como cristianos, afrontan los problemas y los desafíos de sus actividades. Cuando a Dios se le pone en el primer lugar, Él no se deja vencer en generosidad.

¡Que el Señor les bendiga y la Virgen les guarde! Amen.

**Homilía de S.E. Mons. Andrés Carrascosa, Nuncio Apostólico  
en la Eucaristía de Bendición Solemne de Flores, Frutos Y Pan  
(Ambato, 10 de febrero de 2018)**

Agradezco sinceramente a S.E. Mons. Giovanni Pazmiño, O.P., Obispo de esta diócesis de Ambato, por la gentil invitación a celebrar esta Eucaristía con ustedes, a los pocos meses de mi llegada a Ecuador como Representante del Santo Padre Francisco, así como por la tenacia e insistencia con la que me lo ha recordado con mucha frecuencia.

Y la verdad es que me encuentro muy feliz de estar hoy aquí, en esta celebración tan significativa en esta plaza ante la catedral que representa el esfuerzo de todo un pueblo y su carácter y voluntad de rehacerse incluso de los mayores desastres.

Aprecio de esta fiesta muchas cosas: en primer lugar, que constituye un himno a la vida y esperanza tras la tragedia del terremoto que destruyó la ciudad, incluso la primera catedral, y que se cobró la vida de tantas personas, muchas de ellas a los pies del Santísimo en la iglesia. El primer Obispo de la recién erigida Diócesis de Ambato, Mons. Bernardino Echeverría, posteriormente Cardenal de la Santa Iglesia Romana, junto con un amplio equipo de colaboradores y con la colaboración del Centro Agrícola de Tungurahua, dieron inicio a esta bendición de los frutos, flores y el pan. Lo hicieron en el mercado Central, el cual se quedó pequeño y por necesidades de espacio se acabó celebrando ante la catedral en esta espléndida plaza que hoy nos acoge.

Me impresiona ver las raíces hondas que tiene esta fiesta en el pueblo ambateño y que constituye una inmensa fiesta de Acción de Gracias a Dios y de estímulo a construir una sociedad cada vez más prospera y fraterna, en la que nadie se quede descartado y abandonado. Bendecimos los frutos, las flores y el pan. Pero sobre todo damos gracias y bendecimos a Dios porque nos concede estos frutos de la tierra y del trabajo de los hombres, Bendecimos a Dios por la fe bella de este pueblo.

Cada año la fiesta tiene un lema, y el de este año está dedicado a las nuevas generaciones: *“Jóvenes a ustedes les llama amigos”* (Jn 15, 12-17).

La Palabra de Dios que acabamos de escuchar nos recuerda que somos un pueblo consagrado al Señor, porque El nos ha elegido. Y si eso podía tener hondas resonancias para el pueblo de Israel que escuchaba la lectura del Libro del Deuteronomio, ello es mucho más claro para nosotros, los cristianos, que desde el bautismo hemos sido consagrados al Señor. Dios es nuestro Padre y nos ha hecho hijos suyos. A veces no nos damos cuenta y vivimos como huérfanos y no hay pero huérfano que aquel que tiene padre y no lo sabe. Tendremos que aprender a vivir con el gozo de saber que tenemos un Padre, Dios, que nos quiere como a sus hijos que somos. Tendremos que vivir con el gozo de saber que estamos consagrados al Señor, que no nos pertenecemos, porque le pertenecemos a Él.

El Evangelio nos relata una escena que tuvo lugar en el Cenáculo de Jerusalén, durante la Última Cena de Jesús con sus discípulos, en ese momento sublime en el que instituyó la Eucaristía, en el que instituyó el sacerdocio y en el que nos dejó el mandamiento nuevo, que es la señal de los cristianos.



El Cenáculo nos recuerda, con la Eucaristía, el sacrificio en cada celebración eucarística, Jesús se ofrece por nosotros al Padre, para que también nosotros podemos unirnos a Él, ofreciendo a Dios nuestra vida, nuestro trabajo, nuestras alegrías y nuestras penas..., como hoy ofrecemos los frutos de la tierra: flores, frutos, pan... ofrecer todo en sacrificio espiritual.

Y el Cenáculo nos recuerda también la amistad. “Ya no les llamo siervos dijo Jesús a los Doce... a ustedes les llamo amigos”. El Señor lo dice a los jóvenes: “A ustedes les llamo amigos”. ¿Por qué nos llama amigos? Jóvenes! El Señor hace de ustedes sus amigos porque le confía los secretos del Padre, les confía la voluntad del Padre y se da El mismo. No les llama siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo. Esta es la experiencia mas hermosa del cristiano: hacerse amigo del Señor Jesús, y descubrir en su corazón que Él es su amigo.

Y Jesús es un amigo verdadero, de esos que te dicen las verdades. Cuando un amigo no te dice la verdad porque piensa que no te va a gustar no es un buen amigo. Pero Jesús te dirá siempre la verdad, aun cuando duela!

Pero, ¿saben cuál es la cosa más bella? Que mientras ustedes piensan que son ustedes los que escogen a Jesús como amigo, Él nos revela como son en verdad las cosas: “No son ustedes los que me han elegido; soy Yo quien los ha elegido”. Este es el privilegio de sentirte importante delante de Dios, porque Él te conoce y te quiere. “Antes que te formara dentro del vientre de tu madre, ante que tu nacieras te conocí y te consagre”. Jesús te llama su amigo porque te conoce y te quiere. Pero te dice que un amigo debe hacer lo que Él les diga. Y ¿saben por qué? Piensen un momento, jóvenes: Jesús te conoce mejor de lo que tú eres capaz de conocerte a ti mismo. ¿Recordáis el salmo? “Señor, Tú me sondeas y me conoces, me conoces cuando me siento y cuando me levanto, de lejos penetras mis pensamientos, distingues mi camino y mi descanso. Todas mis sendas te son familiares. No ha llegado mi palabra a mi lengua y ya, Señor, Tú la conoces toda”. Dios te conoce mejor de lo que tú te conoces a ti mismo. Y Dios te quiere más de lo que tú eres capaz de quererte a ti mismo.

Por eso, lo más inteligente que puedes hacer en tu vida es ponerte delante de Jesús y preguntarle: “Señor, ¿Qué es lo que Tú quieres que yo haga?”

Y esta es una invitación que no vale solo para los jóvenes, aunque en ellos sea más evidente la importancia, para saber qué rumbo tomar en la vida (¿es esta la profesión que tú quieres para mí? ¿Es esta la vocación a la que me llamas? ¿Es esta persona la que tú has pensado para que comparta la vida conmigo en el matrimonio?). Se trata de una invitación que vale para tu vida profesional, para tu vida de casado o de padre de familia para tu relación con los vecinos que te rodean. Recuerden: somos amigos de Jesús si nos ponemos ante El para preguntarle: “Señor, ¿que es lo que Tú quieres que yo haga?”

Y el Señor nos dice: “Y los he destinado para que vayan y den fruto”. El Señor no nos dice: “Vayan y tengan éxito”, sino “vayan y den fruto”. ¿Ustedes han visto la palabra éxito en la Palabra de Dios, en el Evangelio? En el libro de Isaías, el canto del siervo de Yahveh dice: Mi siervo tendrá éxito”, pero ese éxito es la cruz tú para ello hay que dar la vida, hay que morir. La lógica que el Señor nos propone no es la de ir buscando tener éxito a toda costa, sino la lógica del “dar fruto”. Como estos frutos de la tierra, estas flores, estas frutas, este pan...que son bellas, son sabrosas, son nutrientes, pero que no se buscan a sí mismas sino que existen para que se las admire y se les coma. Repito: la lógica de Dios es enviarnos no a que busquemos nuestro propio éxito. Y

¿saben cuál es la diferencia entre el éxito y el fruto? Que el éxito te lo comes tú y lo buscas por tu propio egoísmo; el fruto se lo comen los demás, como estas frutas, estas flores y este pan, que no se buscan a sí mismos sino que viven por los demás. Por eso el dar fruto, en el fondo, es el verdadero éxito en la vida.

El Cenáculo nos recuerda el servicio, el lavatorio de los pies, que Jesús realizó, como ejemplo para sus discípulos. Lavarse los pies los unos a los otros significa acogerse, aceptarse, amarse, servirse mutuamente. Quiere decir servir al pobre, al enfermo, al excluido, a aquel que me resulta antipático, al que me molesta.

Pero ese es el mandamiento de Jesús, aquel por el que todos conocerán que somos discípulos suyos: si tenemos amor los unos por los otros. No sirve de nada ir al encuentro del Señor y después odiar o no perdonar o incluso el no interesarse por el hermano. Esto es lo que les mando: que se amen los unos a los otros!

Salgamos de esta celebración con el alma llena por haber bendecido las flores, frutas y pan que nos da esta tierra bendita; bendigamos a Dios que nos regala los frutos de la tierra, aprendamos a ser amigos de Dios poniéndonos ante El con disponibilidad: "Señor, ¿Qué es lo que Tú quieres que yo haga?, vivamos nuestra vida intentando dar fruto y el fruto que Dios ama es el amor reciproco, señal de que somos cristianos, de que pertenecemos a Él.